

Una flor marchita

Sasha Troutman

La anciana yacía entre sus almohadas, en su lecho de muerte. Por la ventana, de ese día de verano del 2520, en Wisconsin, entraban los olores de las flores. Cerró, lentamente, sus pesados ojitos verdes sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, ya que era normal. Los últimos días había pasado mucho tiempo revolviéndose en su cama, pasando del dormir al soñar, como un infante. Esta vez pensaba en su querido esposo y en el milagro que fue a conocerlo.

Recordaba el día en que se casaron; el cielo brillaba de oro, mientras ella, vestida de novia, esperaba. Los pájaros cantaban una alegre melodía y los invitados esperaban. Todavía podía oler el viento que llevaba la fragancia de las flores, las cuales marcaban el camino hasta su príncipe azul.

Hacía sólo un año que se conocieron en la ciudad donde ella se había ido a buscar trabajo. Ella estaba harta de sudar cada día en el campo como había hecho desde que tenía 14 años. Ahora que tenía casi 19 no era una niña, ni era la burra que todos pensaban. Pasó cinco años trabajando como una mula y sin ganar nada. Sus piernotas de madero incendiado la llevaron de su campo hasta la ciudad. Después de conseguir trabajo, pasó noches nostálgicas hasta el día que se conocieron y su vida empezó.

La enfermera la despertó. Un poco confusa, abrió sus pesados ojos y respiró el aire florido. *¿Estoy en el hospital? / ¿Dónde está mi hija que acaba de nacer? / ¡Ay qué dolor que tengo! Me duele todo. / Ella nació ya más fácil que yo. / Pronto va a correr por el jardín como yo lo hacía, va a ir a la escuela, va a crecer.*

Con una respiración tranquila volvió a abrir sus ojos lentamente. Adentro de una mirada nublada, miró a su hija de 27 años cerca de los flores suyas, muriéndose. Olió las flores otra vez, pero esta vez su aroma era menos agradable y más como a algo podrido. La enfermera acercó la luz brillante hacia ella. Mirándola, exhaló su última aliento.